

Ensayo

El fin de la ciudad

Lewis Mumford
La ciudad en la historia

PEPITAS DE CALABAZA
1.168 PÁGINAS
50 EUROS

PABLO NACACH

Llevando a cabo una genealogía áurea, meticulosa y pacientemente documentalista, en su monumento a la imaginación y al rigor intelectual, nuestro contemporáneo Lewis Mumford (1895-1990) nos cuenta vida, obra y milagros de la ciudad, “la creación artística más grande del ser humano junto con el lenguaje”.

Mumford se plantea en este libro la tarea de reconstruir la historia de la ciudad minuto a minuto y palmo a palmo porque, como afirma en una fórmula teórica que sa-

be tanto a Max Weber como a Pierre Loti, “las épocas pretéritas, superponiéndose como capas las unas sobre las otras, se conservan en la ciudad hasta que la vida misma amenaza perecer por asfixia”.

Para conseguir tamaño objetivo, el autor de *Técnica y civilización* apela a la delicada espátula del escultor y al pico feroz del sepultureiro, al susceptible estetoscopio del médico y a la Underwood pertinaz del escritor. Y de este modo multidisciplinar visita y revive desde ese amontonamiento de chozas de barro cocido y cañas “poco mejo-

res que las moradas de los castores” del 9.000 a.C., a la Coketown dickensiana “de ladrillos que hubieran sido rojos si el humo y las cenizas lo hubieran consentido”; desde la ciudad que contempla Eneas con su “enorme puerta frontera de tan duro acero que ninguna fuerza humana o embestida celeste podría derribarla”, a la Dite de *La divina comedia* “rodeada de altas fosas que parecen de hierro y cuyas mezquitas se ven desde el valle como si del fuego salidas”; desde la París devastada por Haussmann & Asoc., el estudio de arquitectura de moda en el XIX *ème siècle*, a la que loa Baudelaire como “hospital, lupanar, purgatorio, infierno, cárcel / donde toda enormidad florece como flor”.

(Ya) en 1961 apunta Mumford que el mito de la Megalópolis, con su esclavitud de los grandes núme-

ros, su burocracia tentacular y su expansión irracional supone un fin de ciclo, naturaleza muerta que deberá ser sustituida por un modelo que haga justicia a todas las dimensiones de los organismos vivos y las personalidades humanas (“suponiendo que la humanidad logre eludir la trampa letal que le ha tendido su ciega adhesión a una tecnología desequilibrada”).

Mientras llega ese momento, sería al menos útil recordar que la ciudad no ha terminado aún de devorar a sus hijos, espectros que vagan sin rumbo por las calles de la urbe actual, esta impune Carcépolis que es al tiempo manicomio desahuciado, prisión superpoblada, tumba abierta, órgano de supraexplotación de clase, discoteca de Moebius y *open daily bar*, y en la que los titiriteros de siempre tensan los hilos de nunca jamás. |